

Sumario

(.). Asedios a la queda(era): <i>ahora</i> , esperanza y paradoja	11
1. La queda(era): articulación y desistencia de la brega	45
2. Memorial del cangrejo	77
3. De la queda(era) I	87
4. De la queda(era) II: el perro de piedra	95
5. De la queda(era) III: <i>del horizonte una cresta/ de ola</i> . Notas para <i>La querencia</i> de Anjelamaría Dávila (1944-2003)	107
6. Para la catástrofe	121
7. La extrañeza peregrina	133
8. <i>Irse () Ir(se)</i> : emigración, tranque y lenguaje	147
9. De espaldas al paisaje	179
10. Del quedado de Eduardo Lalo: escritura y queda(era)	183
11. Dar (la) lengua: contra la lealtad	201
12. La entrega identitaria	205
13. Conversación democrática	223
14.	227
15. Izquierda y entusiasmo. Bernie Sanders en Puerto Rico	229
16. Lengua política, radicalidad e interpelación en Puerto Rico I	237
17. <i>ConsterNación</i> : Lengua política, radicalidad e interpelación en Puerto Rico II	253

18. Problema de lenguaje en tiempos de la Junta de Control Fiscal (P.R. O. M. E. S. A)	279
19. Radical-izarse. Preguntas tras los eventos electorales del año 2016 en Puerto Rico y los Estados Unidos	295
20. La plantilla decolonial. Guárdame eso ahí: la emanación	315
21. (Bendecidos)	317
22. El ensayo (huracán)	323
23. Síndrome del comebanco, síndrome de la izquierda puertorriqueña	325
24. Esto no es un <i>disclaimer</i>	331
25. En-notado por el parque	335
26. Por una historia del errar puertorriqueño	357
27. Otra existencia democrática. Por un patriotismo post-hegemónico	359
28. Palabra y democracia: abandonar la dicotomía	371
<i>Obras citadas</i>	387

3. De la queda(era) I'

No te vayas a dormir,
que te va a dejar la guagua
y quedarte a pie en Río Piedras,
no es ningún mamey, mi pana.

ORQUESTA EL MACABEO,
«Swing» (2010)

Siempre será más fácil pensar que los quedaos son los demás. Redactar estas oraciones no me exime de haber estado allí, de seguir allí, de ser en ciertas circunstancias y ante algunas imágenes un quedao. Ocasiones habrá para detenerse encandilado ante lo que se ama y se goza. Cegado por la luz nocturna del cazador, un juey en medio del camino detiene, fatídico, su huida. Ahí queda.

¿Quién no reconoce ese estado de quietud, ese asentarse en lo rezagado? ¿Quién niega algún embeleso mezclado, por momentos, con cerrazón o estupidez? ¿Quién no se ha sabido dejado atrás? Quien no haya cedido nunca a este saberse inmóvil, instalado sobre un estado perceptivo, no estará preparado para lidiar con los efectos políticos o históricos de la queda(era). Siempre que se la contemple como una situación

¹ La versión original de este ensayo fue publicada el 3 de octubre de 2011 en la revista *Cruce. Crítica Socio-Cultural Contemporánea*, de la Escuela de Ciencias Sociales, Humanidades y Comunicaciones de la Universidad Metropolitana, San Juan, Puerto Rico, <http://www.revistacruce.com/letras/item/1312-dela-quedaera-1>

De la queda(era)

pasada, como un escenario unívoco, como una circunstancia que, además, sólo padecen, en este caso, los «demás» puertorriqueños (aunque no es una excepcionalidad nuestra), o cuando al admitir su ocasión se la adjudiquemos a un «vivía un trance», «era joven» o «ya estoy viejo», se nos escapará la particularidad de este fenómeno cultural. En Puerto Rico los sentidos de la queda(era) son inseparables de la metáfora del viaje, de la traslación, del movimiento. A veces el tiempo, la era del *que-dado* precisamente desvela un afán por metafORIZAR. La queda(era) es un imaginario que insiste en un estar inalterable a pesar de que los desplazamientos ya son más que reales o metafóricos. La queda(era) es impensable fuera de algún relato del tiempo que la constituye como una negación del movimiento. Quien percibe su quietud, su quedarse a la orilla, lo hace por contraste con algún sentido del paso, con algún tránsito. Es una relación subjetiva con los traslados, con las modificaciones, con la posibilidad de otro hacer, otro decir. Entendido ya sea como lógica metafórica, discurso o como habilidad corporal básica (imaginaria o narcótica), el viaje como potencialidad es el eclipse perceptivo donde la queda(era) muestra el cuerpo de su resistencia y, por supuesto, de su terquedad. Incluso quien viaje puede ser un extraordinario quedado. La relación del que se queda es simultáneamente una relación con *su espacio* y con *su contemporaneidad*.

Detenidos en la repetición de un modo o un hábito, hechizados por la repetición de algo cuya rutina lo ha cristalizado en la cotidianidad, muchos quedados pasan, contrariamente, de no haberse *subido a la máquina de su ahora*, o de haberse *puesto a la orilla del camino*, a una defensa ya de la inercia, ya de lo siempre igual. Esto último no es siempre sinónimo del statu quo. Un momento, ven acá, ¿cómo *pasa* quien siempre insiste en quedarse? ¿Cómo comienza a desplazarse quien se ha quedado? La queda(era) no se ocupa del antes o

del después, su relación íntima, afectiva, es con el *ahora*. Algunos le dan la espalda. Otros tratan de que no les pase de nuevo. Otros cierran los ojos para saborear la pausa, alguna densidad que demanda quietud. Otros se quedan saboreando lo que siempre les ha gustado como gesto de defensa o desatención ante la posibilidad de otro sabor u otro saber sobre lo ya saboreado. A veces es cuestión de gustos.

Pensarla entonces en su cercanía, no como algo rebasado por una consciente «superación», es también desistir de enfrentar al quedado de turno —por la vía del *electroshock*— con alguna pregunta metafísica: ¿por qué lo haces? Pero ¿no te das cuenta de tu estado? Ni la condena irrevocable, ni la idealización erudita, ni la moralización, ni la neutralidad dan mucho para lidiar con la complejidad burda —la queda(era) trafica con el oxímoron— de una experiencia productiva por ser, con todo rigor, una experiencia negativa: una experiencia del no y de la negación.

Dicho esto, abrirse a la posibilidad de lo heterogéneo, de intentar otra palabra contemporánea, me parece un evento tan singular, menor, como enigmático e incluso frágil. Así, arrimo otras preguntas para empezar a *no bregar* con cierta queda(era). Lejos de la vieja usanza del petardismo puertorriqueño pregúntese: ¿cómo arribar a ese estado perceptivo donde se palpa cierto emplastamiento de la vida, cierto *groundhog day* prescrito y hasta defendido por tantos? ¿Cómo escuchar el ruido de la nada cotidiana, donde la queda(era) deviene imperceptible? ¿Cómo distinguir ese saber(se) ante la queda(era) un poco más allá o más acá del tiempo de las cosas? ¿Cómo no confundir su crítica con un mero sincronizarse con alguna temporalidad que no sea la misma de siempre? El quedado no piensa que su ineptitud táctica o temporal, subjetiva, estructural, menos que su historia remede, en ocasiones, la de un preso fascinado con la

De la queda(era)

extraordinaria tropicalidad de sus barrotes. Tampoco hay que complicarse mucho: la relación entre queda(era), creencia, hipocresía y miedo es intensísima. El cinismo vulgar guisa con la queda(era).

Avanza, mijo, que te quedas. Chacho, te vas a quedar pegao en un viaje de éstos. Mira para allá, otro quedao. Quien se queda sospecha que su varamiento pone en peligro el disfrute de un tiempo al que ya no llega. Pero igual quien se queda ya se despide de ese otro destino, del viaje a otra latitud, y entonces apuesta por la re-edición de un goce que sólo aparecerá en el quedarse. La ansiedad puede delatarla. La somnolencia también. Del mismo modo, la sonrisa de la abulia. A través de sus actos de mismidad, quien redundo en su queda(era) avizora la posibilidad de otra realidad escondida tras sus invariables manías de identidad. La activación de la queda(era) es siempre una respuesta a los retos y preguntas del *ahora*. La queda(era) puede ser la idealización intransigente de una circunstancia que ha muerto, que tal vez nunca existió y apenas centellea fugaz en alguna fantasía. Sin embargo, el cuerpo de sus sentidos necesita del *pulso de los días*.

La queda(era) sería, entonces, una escena política una vez paladeados los motivos comunales que entumecen la capacidad de decisión y cambio de un sujeto. En verdad, se *sale* de la queda(era) y se aparece en la arena política a proteger ese espacio vivencial que en ocasiones se disfruta quedándose en él. Lo quedado devendrá zona de conflicto una vez que se trabaje, sin cortapisas, con la teoría del lenguaje y de la cultura que lo sostiene, aunque sus imágenes y su lengua apunten hacia el límite mismo de la política. La «incomprensión» del quedao en el imaginario de algunos y lo insoportable de sus repeticiones (por predecibles), de su «terquedad», como la incomodidad, el juicio o la risa que provocan sus costumbres, son síntomas de una condición colectiva donde estamos implicados todos.

En la arena política la queda(era) es un contrincante formidable por su consistencia y por la incuestionable bondad de sus fines. Es también un modo de eternizar una cotidianidad, de inmovilizar una palabra, un acto. Toda queda(era) es la versión secular de alguna fantasía de inmortalidad. La queda(era) garantiza, cual dispositivo religioso, que *nada pase* excepto aquello idéntico a esta verdad trascendental que honro con mi quedarme en ella. Así confirmo su carácter imperecedero. De manera defensiva, el quedao repite sus dogmas o tics ideológicos (incluso remozados de citas) ante el *black hole* de la materialidad básica que lo rodea y lo constituye. La queda(era) puede apuntalar una poderosa retórica metafísica que desea tachar lo real mediante el recurso de la ficción y la metáfora. Pero, de algún modo, en un doble movimiento expone y niega la ficcionalidad de su razón de ser al escamotear el babote pre-simbólico que palpita todavía y que la queda(era) de alguna manera ha *sentido*.

Se le da el camuflaje, rebosa en el manglar, Narciso la adora.

Ocurre a diario a través de actos banales, incluso demasiado «auténticos», inconsecuentes: ésa es la salsa de la queda(era). La queda(era) es también una relación simbólica con el tiempo de los actos, una *performance para no saber que no se sabe* (o que estamos constituidos por alguna experiencia violenta que no debe ser cuestionada ni llamada como tal). En dirección contraria, la queda(era) es condición hegemónica que agiliza el *creer que se sabe* nuestra excepcionalidad, que somos únicos, y el hacer de otra manera cualquier cosa no es asunto «nuestro», o mejor: ese hacer diferente simplemente «se consume» con decir que se lo hará o se está haciendo. En la queda(era) habita un «no saber», «un no querer saber» necesario, incluso, para sentirse a la «altura de los tiempos» y respirar cobijados por algún consenso o por alguna imagen de sí. También se la ningunea con un escueto «más quedao estás tú».

De la queda(era)

El quedao o la quedá despliega un saber averiado, una pericia para el escamoteo de lo novedoso. En su sempiterna brega intransitiva la avería quedá es productiva, engrasa el *policying* discursivo boricua. Me pregunta un interlocutor izquierdoso —e igualmente quedao— con su lengua achacosa: ¿por qué los quedaos no se hacen la autocrítica? *Ay bendito*. Negar los hábitos de la queda(era) desviando su crítica hacia alguna autocrítica es aferrarse a la conciencia y a la voluntad como instrumentos racionales cuyo uso le evitarían al sujeto quedarse. Negar la existencia discursiva de la queda(era) moralizando (afuera, sobre el otro o la otra) el asunto sería afirmar que hay otro enunciado «primordial» posible, algo así como una plataforma concreta, verdadera *in extremis*, donde podríamos evidenciar la originalidad de nuestra verdad y donde, de surgir algún contra-tiempo, la razón del sujeto podrá *superarlo*. Suspender la crítica de la postración quedada en función de dedicarse a sondear los meandros del «yo» individualizando y *familiarizando* el tópico es sacarle el cuerpo al problema. Sería duplicar la queda(era), redundar con ella. Por otro lado, pensar la queda(era) comporta reconocer, asimismo, que se lidia con un artefacto imaginario más, que sus imágenes son parte de una madeja ficcional como tantas otras, como esas ficciones donde se resguardan los actos de fe («errados»-herrados) de los demás.

La queda(era) ha palpado el vacío que sus relatos de permanencia desean colmar. La lengua del quedao maneja una poética verosímil propensa al elogio de alguna dudosa originalidad donde, por ejemplo, los actos del lenguaje se corresponden con las cosas: *Eso es lo que hay, no hay de otra. Tú puedes, adelante, compatriota. Estamos bendecidos. Pues aquí, en la brega. Ya tú sabes, eso siempre ha sido así. Pero esta correspondencia no existe. Es inventada en el enunciado mismo y con él se ansía borrar esa cesura* donde la confrontación entre las palabras y las cosas exhibe la falla oceánica que las separa

y las hace posibles. El Morro frente a la falla del Caribe *comes to mind*. La mediocridad arma allí tremendo quiosquito.

Se trata de la fantasía fundacional —de lo fundacional como fantasía— para un «nosotros» cultural que niega la condición material real de su presente político, pues pretende, hasta el delirio, evitar esta hendidura para levantar sobre ella la imagen de un mundo y una comunidad donde comencemos de una vez y por siempre a ser siempre maravillosos, únicos e irrepetibles, como lo fuimos en la imagen. La histeria quedá o la preocupación ante la queda(era), por otra parte, son, a pesar de su aparente condición enemiga, el registro de esa otredad muda que pulsa en la historicidad puertorriqueña. La queda(era) es el dispositivo subjetivo que custodia el perímetro de lo que reconocemos como «familiar» de nuestra cultura política. Las genuflexiones retóricas de lo familiar, la obligada moralización de toda queda(era) consensual, registran a contrapelo el palpito temible de la materialidad indiferente y expuesta con la cual se nos hizo el cuerpo en el Caribe, sobre la que se nos hizo cuerpo histórico el Caribe.

Inquieta, pero igual se la desestima por la cercanía afectiva de sus personajes, por la intimidad de sus escenarios, por la extensión de su patrimonio. Quedará también lo que reste de algo, el resto dejado atrás. Un mojón, otra señal que fije linderos, otro trazo quedao para los límites de la potencialidad puertorriqueña.